

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Presentación (Presentation)

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Schwantes, Milton
Publisher	DEI - RECU
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-04-18 02:25:36
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/184227

Profetas Anteriores

(Josué, Jueces, 1 + 2Samuel y 1 + 2Reyes)

Editorial - *Profetas Anteriores*

Son seis los libros que aquí designamos como Profetas Anteriores. De hecho, no recomiendo, de ningún modo, llamarlos Libros Históricos. Al final, éstos no son libros históricos. Esto hoy hasta se niega. En varios de sus pasajes, inclusive se lee: “En cuanto a los malos actos de Salomón, por ventura no están escritos en el libro de la historia de Salomón” (1Reyes 2,41). Por lo tanto, desde los libros de Josué hasta 2Reyes no pretenden trazar una historia de los reyes o de las tribus y del pueblo de Israel, bajo los reinados del Norte y del Sur. Si estos libros fuesen tal historiografía, su perfil, ciertamente, sería otro. Con esto no quiero decir que en Israel no se pudiese escribir una historia, obviamente dentro de los parámetros de su época, sino que quiero afirmar que no eran los reyes, ni ninguna de las monarquías de Judá e Israel, los objetivos de nuestro conjunto literario de Josué hasta 2Reyes. En este sentido, es que no recomiendo que se quiera designar tales libros como Libros Históricos. Pero tampoco los llamaría *Obra Historiográfica Deuteronomista / OHD* (Martin Noth), pues, esta es una tesis académica, de hecho mucho más interesante como evidenciaremos en esta publicación de Ribla 60. Sin embargo, no me parece convincente sobreponer esta tesis a los libros en cuestión, pues éstos, en la tradición judaica, vienen siendo designados, desde hace buen tiempo, como Profetas Anteriores. Pienso que es útil y adecuado permanecer con esta designación: ¡estos libros nuestros, sobre todo, son *proféticos*! Y eso se debe a que en ellos son muchos los profetas y las profetisas que se manifiestan. Y, en ese sentido, el proyecto que allí se elabora es profético, desde el comienzo hasta su final.

Percibo una cierta dificultad para la concatenación y la subdivisión de los asuntos, dada la falta de títulos intermedios en estos profetas Anteriores. Eso, de cierto modo, los caracteriza. Pues tenemos tales títulos en la *torah*, por ejemplo en Génesis, cuando en ellos unimos 2,4, a 11,27; 25,19 y 37,2. Ahí, los comienzos de las nuevas unidades, de ‘libros’ vienen claramente marcadas por títulos. Y en la Profecía Posterior cada nuevo libro profético comienza con la presentación del profeta en él referido, haciéndolo acompañar, por lo general, de la respectiva datación. Nada de eso tenemos en los Profetas Anteriores. Les faltan los títulos. Por eso, se hace difícil subdividirlos, porque podemos desconocer en demasía sus propias intuiciones de tiempos y espacios proféticos.

En todo caso, sabemos que se trata de tres rollos/‘libros’, y no de seis como los tenemos en las ediciones griegas, latinas y actuales. En el texto hebraico, ciertamente, fueron tres los rollos en que se agrupaban nuestros Profetas Anteriores: Josué/Jueces, 1-2Samuel, 1-2Reyes. Junto con los Profetas Posteriores tenemos, pues, siete rollos. La profecía posterior estaba constituía por cuatro ‘libros’: Isaías, Jeremías, Ezequiel y los Doce Profetas (De Oseas hasta Malaquías). Agrupando los Profetas Anteriores y los Profetas Posteriores, pasamos a tener siete ‘libros’, en cuyo centro está el rollo de Isaías, ciertamente el modelo hermenéutico del canon profético. Por lo tanto, también con relación al conjunto mayor, en el cual los Profetas Anteriores se sitúan, tiene mucho sentido atribuir a estos libros una identidad de tres rollos.

De hecho, el los propios libros se percibe que ellos se agrupan en tres unidades mayores. Al final, los libros de Josué y de los Jueces nos permiten aseverar que estos dos libros actuales, provienen de un solo rollo. Por otro lado, al final del libro de Josué tenemos un conjunto de capítulos que, sin propiamente pertenecer a aquel libro, le fueron agregados porque merecían ser preservados (como se verifica en 2Samuel 21-24). Agreguemos a eso, que en el comienzo del Jueces, en especial en 1,1-2,10 tenemos asuntos que hubiesen quedado mejor en Josué. No está, pues, ni clara ni nítida la subdivisión entre Josué y Jueces. No se puede decir lo mismo con relación al final de Jueces, digamos a los capítulos 13-16 y 17-21, pues sus asuntos, en especial de los capítulos 17-21, pudieron no tener espacio propio en Jueces, sino que pudieron constituir algo así como una enmendadura en este libro, unido a Josué/Jueces. Al final de los libros, no es raro que se agreguen materiales literarios que no caben en otro lugar. Habría que considerar también que la traducción griega (la Septuaginta) hace seguir a Jueces, el pequeño libro de Rut, que, en este caso, tiende a pertenecer, en términos de la tradición, a los traductores griegos, quienes hicieron esta adición a los ‘rollos’, ya en la parte final. Todo eso indica claramente que, con relación a Josué/Jueces, efectivamente son un solo rollo, el primero de los Profetas Anteriores.

1-2Samuel constituyen un segundo rollo. Por cierto, las escenas del capítulo 31 de *1Samuel* establecen un cierto final: muerte y sepultura de Saúl, pero en *2Samuel* 1, el asunto continúa exactamente donde el capítulo 31, el capítulo final de *1Samuel*, lo dejara. Un corte mayor en la temática no está en el pasaje de *1Samuel* con relación a *2Samuel*, salvo, por ejemplo, en *2Samuel* 5 y 6 con el capítulo 7. Ahí sí, tenemos cortes temáticos. En todo caso, tenemos claras conclusiones en *2Samuel* 20, donde son condesadas las tentativas de deponer a David del poder, para que en *1Reyes* se comience, de cierto modo, un tema nuevo con la pregunta por el sucesor de David. Hay ahí una cierta ruptura temática. Más relevante que eso, en los capítulos 21-24 de *2Samuel* claramente se encuentran narraciones que no dan seguimiento a lo que venía siendo contado hasta el capítulo 20. Por el contrario, lo que está agrupado en estos capítulos finales de *2Samuel* son pasajes que no caben en otros lugares de *2Samuel*. Tenemos, pues, al final de *2Samuel* algo, literalmente, similar a lo que encontramos al final de *Jueces* (capítulos 17-21). Es, pues, muy evidente que *1-2Samuel* conforman un conjunto literario, un 'rollo'.

De igual forma, *1-2Reyes* igualmente forman una sola unidad, en este caso un solo 'libro'. Pero esta vez no tenemos una conclusión en la cual se acumulen pasajes diversos que antes no tuvieron lugar (a semejanza de *2Samuel* 21-24). La narrativa realmente termina donde el asunto se fecha: reyes en el exilio, Jerusalén en ruinas, el templo quemado. En este final, no se aumentan pasajes que antes no habrían estado. El relato de *1Reyes* hasta *2Reyes* es fluido. No tenemos ahí un corte en la temática; las conexiones permanecen nítidas (como en el pasaje de Josué y *Jueces* o de *1Samuel* y *2Samuel*). Por consiguiente, es justo que juntemos *1-2Reyes* en una sola y grande composición literaria.

Por lo tanto, nuestros seis libros formaban tres rollos; los tres primeros pertenecientes a los Profetas Anteriores.

¿Cómo deberíamos dividirlos, contando con la intuición de que estos tres rollos pretendían ser proféticos? La dificultad reside en que los 'libros' en cuestión parecen no establecer señales literarias para proporcionar tales subdivisiones. Tal vez hasta se pueda decir que nosotros, lectores y usuarios de estos libros todavía no nos habituamos a reconocer cuales serían estas señales literarias. Eso, de hecho, tiene su dificultad profunda, porque nos faltan indicaciones externas del propio texto que nos puedan servir de auxilio para discernir mejor y de modo más uniforme dónde se encuentran los respectivos seccionamientos de las unidades literarias. Aquí y allá podemos afirmarlas, dentro de criterios de cierta provisionalidad. Ante la falta de evidencias más marcadas, vamos a recorrer por ellas. Intentemos, pues, esta tarea:

Pienso que una nueva sección puede comenzar en Josué 13. Su primera frase pone a Josué en una nueva edad, la de anciano: "Era Josué ya anciano, entrado en años" (13,1a). En el v. 1b se indica adicionalmente que en la conquista de la tierra aún quedan muchas tareas pendientes. Ahora bien, este asunto, con tales indicaciones del título, ocupa los capítulos hasta, incluso, *Jueces* 2,10 donde, por fin, el Josué mencionado en Josué 13,1b como alguien que 'es viejo', fallece y es sepultado, de acuerdo con *Jueces* 2,6-10. Podemos, pues, afirmar que de *Josué 13,1 hasta Jueces 2,10* tenemos una gran unidad literaria, que es caracterizada por la temática de la distribución o de la *designación de la tierra*. Comienzo y final de la unidad se corresponde en dos contenidos: uno es el de la avanzada edad y de la muerte de Josué (13,1; 23,1; 24,29-31; *Jueces* 2,6-10) y el otro el de la mención de los territorios no conquistados por las tribus (Josué 13,2-6 y *Jueces* 1,27-36). En la parte final de Josué, prevalece la palabra de Josué con relación a la práctica religiosa (en especial en los capítulos 23-24, pero también en el capítulo 22). Estos capítulos tienden a ser relativamente recientes, con prevalencia del lenguaje deuteronomista de los tiempos del exilio. El asunto principal, con todo, es el acceso a la tierra, que se da de tribu en tribu, comenzando por las de Transjordania (capítulo 13), siguiendo las demás, especialmente Judá (Capítulos 14-15). En las listas de los judaicos y, enseguida, las otras tribus (capítulos 15-21), hay dos tipos de enfoques: o se mencionan las villas / 'ciudades' de tribus (véase por ejemplo 15,20-63) o se citan los locales limítrofes (19,10-16). Sin grandes beneficios se puede, pues, constatar, que estos capítulos que se refieren al acceso de la tierra, constituyen un gran conjunto literario.

Lo que precede de Josué 13,1 hasta *Jueces* 2,10 forma el primer conjunto literario: *Josué 1-12*. En estos capítulos se trata de la 'conquista'. El conjunto es precedido por un preámbulo teológico, marcado por el lenguaje y la visión deuteronomista: lo que importa en Israel es el cumplimiento de la ley/*torah*. Esta ley proclamada por Moisés que ahora tiene en Josué su sucesor, es fundamental para acceder a las tierras de la promesa. Se puede decir que estos primeros doce capítulos, justamente, pretenden asociar continuamente la tierra a Moisés, el intermediario de la ley (1,1-2,17; 11,15, etc.). En este sentido, los capítulos 1-12 de Josué son teologías, más que ser historias. Su historiografía está formada por palabras o

¡como decía por teología! Eso también se ve en los capítulos 2-8 que, en verdad, forman un conjunto en torno de la conquista de Jericó. En la primera, prevalece el modelo teológico del éxodo e, inclusive, de desentrañar modelos de prácticas religiosas decisivas para la realización de prácticas y objetivos religiosos, fuera de espacios temporales, como el continuo recurso al éxodo, la circuncisión (5,1-9), la pascua (5,10-12) y la profecía (5,13-15). En los capítulos 7-8 (tomada de ahí), el escenario de guerra es menos esquemático que en el caso de Jericó (capítulos 2-6). Me parece muy interesante observar que no es 'sólo' la lucha bélica lo que constituye el método de acceder a la tierra. Pues, en los capítulos 9-10, las alianzas llegan al mismo objetivo. Pero, ya en el capítulo 10 y 11 vuelve el enfoque bélico, en especial contra Hazor y las luchas en Judá. El capítulo 12 concluye enumerando los reyes que fueron vencidos. Este capítulo 12 pareciera que pretende encerrar el conjunto de los capítulos 1-11, afirmando la tesis de que el futuro de Israel, con acceso tribal a la tierra, está en oposición a las monarquías. ¡El liderazgo que promueve la distribución de la tierra para la población es de cuño tribal! La oposición a las ciudades y a los reyes es promovida por la lucha en pro de la tierra para todos, también para Rahab. En este sentido, los capítulos 1-12 encaminan Josué 13 hasta Jueces 2.

La tercera gran unidad del primer 'libro' va de *Jueces 2,11 hasta 16,31*, si bien se podría tener dudas en cuanto a la asignación de las historias de Sansón y Dalila (en los capítulos 13-16). El tema que prevalece es el de los jueces, teniendo esta palabra dos direccionamientos en su significado. Juez es un luchador en pro del pueblo. La persona que actúa en pro de la justicia pretende verificar que en la sociedad, a cada cual le sea atribuido aquello que corresponde a su necesidad, aquello que es suyo, aquello que necesita para vivir, por ejemplo cosechas libremente recogidas, o decisiones adecuadas a cada uno de los contendores en caso de disputas jurídicas. Los *jueces son tales libertadores* y solucionadores de conflictos e impasses. Unos, los así llamados 'pequeños jueces' (10,1-5 y 12,7-12) son una especie de jueces, celosos intermediarios en conflictos inter-tribales. Otros, los así llamados 'grandes jueces', son los libertadores que conducen a las tribus o a parte de ellas en las luchas de liberación contra los invasores; de ellos es que tratan la mayoría de las narraciones. A ellos también se refiere la teoría que el deuteronomista desarrolló en el libro: cuando Israel se apartaba de Yahvé, Dios les enviaba invasores contra sus tierras y cosechas; cuando las tribus se arrepentían y volvían a Yahvé, les era asignado un 'juez' o una 'jueza' para la liberación (2,11-3,6). Cada una de las intervenciones de los 'jueces' libertadores representa una narración propia y específica, cuya colección tenemos en este libro. Eso, sin embargo, no significa que estuviera todo en una sola redacción. Los énfasis son peculiares y diferenciados, de suerte que tenemos que contar con la elaboración de la mayoría de ellas, aun en tiempo tribales. A la cabeza de los 'jueces' está lo único que es judaico: Otoniel (3,7-11, confróntese Génesis 14). Se sigue en la narración, que no deja de ser un tanto cómica, cómo Ehud eliminó al rey Eglón (3,12-30). 3,31 menciona brevemente a Samgar (¡véase 5,6!). Los capítulos 4 y 5 cuentan y cantan, de dos formas diferentes, las acciones libertadoras de Débora contra los reyes cananeos, duramente derrotados junto al río Quisón. El capítulo 5, ciertamente, preserva en poesía, la forma más antigua de las memorias, a partir del canto de Débora. El capítulo 4, que es algo más reciente, le atribuye a Débora una función más profética, y a Barac una tarea militar ejecutiva. Los capítulos 6-9 indican la novedad que se va a implantar, en medio de estas luchas libertarias populares: Gedeón (y su 'sucesor' Abimalec), por más típica que sea su lucha, en los comienzos, va a irse desplegando hasta apropiarse del oro y de la formulación de relaciones monárquicas. Abimalec expresa decididamente esta intuición monárquica. Pero, una piedra lanzada desde lo alto de una torre, por una sabia mujer, deshace los sueños de Abimalec. Este mismo asunto ronda por los encuentros y desencuentros de Jefté (capítulos 10-12) que se propone como "cabeza" y "jefe" para Galaad. Pero, tal 'cabeza' va a terminar como asesino de su propia hija y ocasionando un baño de sangre inter-tribal contra los efraimitas. Las memorias de los jueces conocen de la ansiedad por los reyes, pero con la misma intensidad refutan ese futuro para Israel. Pienso que las narraciones sobre Sansón y Dalila puede ser situadas en este mismo ambiente: luchas encarnadas que no alcanzan a establecer nuevas relaciones, pero que, finalmente, llevan a la propia muerte del 'héroe'.

Jueces 18-21 presentan adiciones al primer 'rollo'. En parte, tiende a afirmar el caos social del tiempo de los jueces (19,1; 21,25). El libro de Rut, puesto por el canon griego después de estos capítulos finales, redimensiona esta tesis de modo utópico, ¡al referirse al mesías-siervo!

A este 'primer libro' de los Profetas Anteriores se dedican tres de los ensayos del presente número de RIBLA: Nancy Cardoso Pereira (Josué 1-12), Carlos Arthur Dreher (Josué 13-24) y Samuel Almada (Jueces).

El segundo ‘libro’ de los Profetas Anteriores, aún carece de renovados estudios que ayuden a situarlo en esta nuestra perspectiva. Me refiero a *1+2Samuel*, que conforman un sólo ‘rollo’, que, nuevamente, tiene en su final unos capítulos agregados: 2Samuel 21-24. ¿Cómo deberíamos organizar este conjunto? Pienso que hay que dejarse guiar por el propio ‘libro’, al cual le falta un encabezamiento en 1Samuel 1; el ‘rollo’ se inicia con su primera escena, como en Josué. En ese sentido, entiendo que, en la organización del ‘libro’, la ‘historia del arca’ desempeña un papel de mucho destaque. Eso, de cierto modo, sorprende, porque justamente el arca parece haber sucumbido a los incendios en el templo de Jerusalén, causado el 587 a.C. por los babilónicos, al destrozar la ciudad y a Sión. Pero, el arca sobrevivió como símbolo, como nos muestra el Salmo 132 o a la insistencia pos-exílica sobre el concepto de la realeza de Dios (véase, por ejemplo, Éxodo 25-40; Isaías 66,1-2; Salmo 96 y 98; Marcos 1,14-15). El fin real del arca no coincide con su olvido en el culto de Yahvé. Tales observaciones me permiten recorrer la narración del arca, para identificar la propia estructura de -2Samuel: ahora, la narración del arca de 1Samuel 4,1-7,1 tiene su continuación en 2Samuel 6. Entiendo que, con ello, quedan también identificados los dos conjuntos literarios mayores de nuestro ‘rollo’: 1Samuel 7,2 - 2Samuel 5,25 y 2Samuel 6,20-20,26. Básicamente, tenemos, pues, dos grandes conjuntos temáticos: uno que pone en correlación a Saúl y David, y otro que pone bajo severa crítica el gobierno de David, una vez que se ha instalado soberanamente en Jerusalén. 1Samuel 1-3 + 4,1-7,1 introducen a los dos conjuntos, y 2Samuel 6,1-19, al retomar la historia del arca (de 1Samuel 4,1-7,1), se interpone entre las dos grandes unidades literarias de 1-2Samuel y, al mismo tiempo, encamina hacia el segundo conjunto, o sea a 2Samuel 6-20.

Pienso que se puede conjugar literalmente *1Samuel 7,2 - 2Samuel 5,25* en una sola y amplia unidad. Así podemos proceder, porque sus asuntos determinantes son los filisteos; y éstos están en el comienzo y en el final de esta gran unidad; y con en el recorrer de las escenas se va marcando su fuerte presencia (por ejemplo en 1Samuel 16 y 31). El debate sobre la existencia o no de la monarquía es parte de las confrontaciones típicas de la primera sub-unidad, a semejanza de la continua contraposición de los personajes de David y Saúl. Ahora, la emergencia de la monarquía israelita y judaica es caracterizada por el avance de los filisteos. También los amonitas y otros pueblos, con sus incursiones y saqueos, son amenazas, como de hecho ya se leía en el libro de Jueces, pero los que son una verdadera amenaza son los filisteos. Mientras que los amonitas y otros pueblos asaltan, los filisteos avanzan sobre Israel y Judá para ocupar sus tierras. Para hacer frente a este peligro, que como veíamos circunda literalmente la propia sub-unidad y hasta la traspasa, hace falta un rey capaz de superarlos y que pueda ser incorporado a las tradiciones. Es por cuenta de ese tema que se habla de David; su vida tiene algo de provisorio en estos capítulos. Su meta no es propiamente el poder, sino el intento de ponerse a salvo de Saúl, huyendo y refugiándose él mismo entre los filisteos. David es coronado rey en Hebrón (2Samuel 2,1-7), pero con la finalidad de suplantar la amenaza filistea. Un rey que no aplasta con sus tareas reales, puede ser celebrado mesiánicamente. ¡No Saúl! Él persigue; junta saqueos; quiere matar amigos; en fin, no entiende los caminos de Dios.

Con todo, inherente al poder, está su otro lado, el horror: *2Samuel 6,20-20,26*. En la medida que David se hace rey, deja sus fatigas de haber sido llamado para conducir al pueblo. O sea, desde 1Samuel 7,2 hasta 2Samuel 5,25 sólo tiene chance en la medida que el soberano asume sus trazos mesiánicos, su unción de protección del pueblo. En la medida en que el rey y los suyos ponen sus propias vidas en función de la monarquía no hay futuro. Los capítulos 6-20 se caracterizan por lo dramático. La primera escena de este conjunto narrativo, posiblemente es 6,20-23: la desavenencia entre Mical y David, en torno al comportamiento del rey, con ocasión del traslado del arca a Jerusalén: “Mical no tuvo hijos” (v. 23). La promesa de dinastía del capítulo 7 comienza con su opuesto: ¡no hay hijo para tal sucesión! Se mantiene esta tensión en la narración sobre Urías y Betsabé (capítulos 10-12): el hijo nace, pero ¡es consecuencia de la muerte de Urías y del adulterio de Betsabé! El hijo de David, Amnón, imita a su padre David y viola si media hermana Tamar (capítulo 13). El hermano de esta Tamar asesina a Amnón, ¡y huye al exilio! Al regresar prepara, frente a los ojos de David, un golpe de estado y lo efectiviza, al punto que tiene que huir (capítulos 14-19). ¡Confusiones sin fin en la casa de David! Aquí está lo contrario de 1Samuel 7,2 hasta 2Samuel 5,25: el poder puede ser el camino del joven y mesiánico David o el camino camino de David y de Jerusalén, “un hombre de sangre”, como se expresa en 17,7.

¡La monarquía puede ser de estos dos caminos: del tipo liberador de los jueces y juezas (véase el libro de los Jueces) o de la forma de éstos que más parecen ‘hombres de sangre’!

La introducción de *1Samuel 1-3* reafirma esta percepción. El cántico de Ana espera por ‘su rey’ (2,10), pero éste debe ser el ungido de Yahvé. En ese sentido, Samuel establece una arrasadora crítica contra la monarquía, aquella de la cual el libro de 1-2Samuel y el de 1-2Reyes van a hablar, denunciándola

proféticamente de promover la injusticia y la idolatría. ¡Fuera de la mesianidad no hay, pues, futuro para los reyes, soberanos y mandatarios!

Significativo es, en fin, la narración sobre el arca (*1Samuel 4,1-7,1* y *2Samuel 6,1-19*). Los desencuentros internos en Israel causan la pérdida del arca, en manos de los filisteos; donde se establece el poder militar, se da un desencuentro con el arca. Los propios israelitas experimentan, en la pérdida del arca, el más grande deseo de tener un rey. Pero, para los filisteos este símbolo de la religión tribal y migrante sólo les causa problemas, al punto que lo devuelven otra vez a los israelitas y judaicos. Pero, aun en su propia tierra, el arca continúa como extraña, causa estragos y hasta muerte, como si tuviese ese destino. En ese sentido, es frente al arca que David y Mical se desencuentran y se desentienden. En otros términos, la ‘monarquía’ con futuro ha de ser aquella que respeta las tradiciones y las teologías populares tribales, como las del arca.

A este ‘segundo libro’ de los Profetas Anteriores están dedicados, en el presente número de RIBLA, tres estudios: Jorge Pixley (sobre *1Samuel 1-12*), Marcos Paulo Bailão (sobre *1Samuel 13* hasta *2Samuel 5*) y Ricardo Lengruher Lobosco (sobre *2Samuel 6-24*).

En *1-2Reyes* encontramos una disposición literaria peculiar de las narraciones. En estos dos libros, en rigor, no hay una contraposición de personajes, como sucede en *1-2Samuel* (Saul y David). La trayectoria de contenidos es otra.

En *1Reyes 1-10* se empieza por enfocar las últimas acciones de David, con lo cual es introducido el personaje de Salomón adulto. En continuidad con *2Samuel 6,20* hasta *2Samuel 20,26*, donde David fue presentado en escenas de connotación nada benevolentes. En esta tendencia también se encuentra lo que sigue en *1Reyes*. Se puede decir que *Samuel 6,20* hasta *2Samuel 20,26* y *1Reyes 1-10* son similares: ¡de tal padre tal hijo! Y, en parte, eso es verdad, como veremos luego, pero en parte no. Ahora Salomón es sometido a severa crítica.

Salomón es ejemplar cuando se trata del templo. Él, como señor y constructor del templo y del palacio – considerados como parte de un mismo proyecto – es claramente exaltado. ¡Esta fue su noble tarea! Esto se puede observar en los capítulos 6-8, en el que las obras de edificación están centradas en el templo y en el palacio, pero principalmente en el templo. El santuario tuvo gran destaque ya en el pre-exilio, pero fue mayor su relevancia en el exilio y post-exilio, como lo leemos en el lenguaje deuteronomista del capítulo 8. Si, desde *1Samuel 7* hasta *2Samuel 5* prevalece la mesianidad, ahora, en estos capítulos, centrales de *1Reyes* se adiciona el templo a aquello que da identidad a Juda (e Israel). ¡Este templo es de tamaño importancia porque en él se pondrá el arca! En este sentido, ¡*1Reyes 6-8* está en continuidad temática con *1Samuel 4,1-7,1* + *2Samuel 6*! ¡Lo bueno que Salomón hace, en última instancia, lo hace el arca!

A este blanco mayor, que los autores quisieran destacar en la trayectoria de Salomón, se adicionan algunos otros, considerados como buenos resultados de la administración salomónica (por ejemplo su aprecio por la sabiduría y la justicia). Pero, en estos detalles no faltan también las voces críticas contra Salomón. Sus actitudes con relación a su oponente Adonías, reciben enfoques verdaderamente críticos; para que su trono se mantenga firme y seguro (capítulos 1-2) prevalecen las mentiras; los asesinatos no fueron pocos. Si bien la sabiduría y la justicia serán decantadas (capítulos 3; 9-10), las riquezas y los escándalos de la corte, éticamente, no fueron ejemplares (capítulos 4-5). Hay críticas a Salomón al final de sus historias, en los capítulos 11-12, pero no son los únicos. Lo que en verdad interesa al autor de estos comienzos de *1Reyes* es destacar la contribución de la era salomónica para el descubrimiento de la religión de Israel, en torno al templo y al reinado, a la luz del arca, de la justicia y de la sabiduría. Y estas dimensiones, conjugadas con las expectativas mesiánicas de *1-2Samuel*, son contribución innovadora de la monarquía.

En todo caso, en *1Reyes 11-12* comienza la trayectoria de la ruina. A partir de ahí, o sea después de David y Salomón, ya nada de esperanzador se da en la profecía. Quiere decir que *1Reyes 11* hasta *2Reyes 25* se constituyen en un juzgamiento definitivamente arrasador sobre el camino monárquico y estatal.

Esos dos capítulos (*1Reyes 11-12*), que conforman el encabezamiento para el último gran conjunto literario sobre los reyes (*1Reyes 11* hasta *2Reyes 25*), son esbozadas dos críticas arrasadoras contra los señores reyes. Por un lado, ellos, en especial los de Israel, pero también los de Judá, impusieron la

idolatría a sus súbditos (1Reyes 11,1-8; 1Reyes 12,25-33; 13-14). Por otro lado, son focos de opresión (¡aumentan el yugo! 1Reyes 12,11!), como la profecía de Amós tan bien lo expresa. Este pasa a ser el itinerario de la administración monárquica sobre Israel y Judá.

Eso no elimina del todo la esperanza. Al final, 2Samuel 7 se refiere al soberano de Jerusalén y su casa, su descendencia. Esa promesa permitió que los autores de los Profetas Anteriores vieran en el escenario jerosolimitano un rey portador de luz y de esperanza. Algunos de los reyes reaniman tales expectativas como es el caso de Yoás (2Reyes 12,2, pero también véase v. 3) y, en especial, Josías (¡2Reyes 22,2!). El resto de la monarquía camina rumbo a la ruina, sin embargo, en medio de ella, surge una innovadora perspectiva de esperanza de identidad del pueblo, por medio del davidismo frágil y, seguramente, representado por niños (véase, por ejemplo, Yoás y Josías, y compárese con Isaías 7-11).

De hecho, no es sólo el davidismo el que hace emerger expectativas para el futuro. También hay dimensiones en el templo, que se hacen portadoras de esperanza. En 1Reyes 8 se resalta la oración como el núcleo de utopía del templo de Jerusalén. El nuevo templo y el nuevo David son elementos que, sacados de sus historias de monarquía y debidamente alterados en la cualidad de sus contenidos, llegan al punto de poder ser portadores de esperanzas. En tales casos, el templo tiende a ser celebrado como espacio de acogida, de oración y de enseñanza de la ley, y la monarquía se convierte en esperanza de reyes-niños (Isaías 7-11; véase 2Reyes 22), como ya se lo expresa con Yoás (¡1Reyes 11,21!), y con el propio joven David (1Samuel 16-31).

Del resto, reyes y templo como expresión de poder, se encaminan al aniquilamiento. No tienen futuro. Por eso, 2Reyes 25 termina sin esperanzas. Se dispersan con la trayectoria de Israel y Judá en sus respectivos exilios. El norte se dispersará: otros pueblos ocuparán sus tierras (2Reyes 17); Israel se cansará en su exilio. Reyes, templos y sus respectivas opresiones liquidarán al pueblo. ¿Pasará lo mismo con Judá? ¿O sus fuerzas tribales, las de Josué/Jueces, serán capaces de emprender el retorno a la conversión?

A estos 'libros' de los Profetas Anteriores en 1-2Reis están dedicados los ensayos de Marli Wandermurem (1Reyes 1-11), de Cássio Murilo Dias da Silva (1Reyes 12-17) y de Lília Ladeira Veras (2Reyes 18-25).

A estos ensayos específicos e introductorios sobre los Profetas Anteriores se agregan algunos otros que enfocan aspectos peculiares de esta literatura: Jorge Pixley y Haroldo Reimer interpretan y cuestionan la tesis de Martin Noth sobre la *Obra Historiográfica Deuteronomista*. Y Lília Dias Marianno, Tercio Siqueira Machado y Sandro Gallazzi enfocan aspectos temáticos que inciden sobre la interpretación de los libros en cuestión.

Milton Schwantes
milton.schwantes@metodista.br